

OBRA AMBICIOSA Y COMPLETA SOBRE LA VIOLENCIA

A PROPÓSITO DEL LIBRO *VIOLENCIA POLÍTICA EN COLOMBIA* DE FERNÁN GONZÁLEZ, INGRID BOLÍVAR Y TEÓFILO VÁSQUEZ*

Por: Daniel Pécaut**

El libro es posiblemente la obra más ambiciosa y completa que se haya realizado sobre las raíces, las varias dimensiones y la evolución de la violencia de los últimos años en Colombia. Ofrece un panorama de los enfoques y de los debates académicos acerca del tema, asocia análisis regionales o locales con visiones de conjunto, combina datos cuantitativos con recuentos descriptivos, estudia los factores contextuales como también las estrategias de los actores del conflicto. Van a la par consideraciones que remiten a la historia de larga duración y observaciones coyunturales. También se encuentran excelentes páginas sobre la ocupación del espacio al lado de comentarios sobre el último proceso de paz o sobre las metamorfosis de cada uno de los actores armados, lo cual constituye una mina de informaciones.

Además tiene el mérito de tener un hilo conductor bastante sólido: el que gira alrededor de la constitución del Estado y de la nación en Colombia, cuestión en la cual los autores, con su doble formación de historiadores y de sociólogos o politólogos son expertos reconocidos desde hace tiempo. Todo esto es una manera de destacar, de entrada, que uno se encuentra frente a un texto llamado a ser un libro de referencia.

En la primera parte, el lector encuentra una excelente discusión acerca de los varios esquemas de interpretación sobre la violencia, los unos "estructurales" u "objetivos" que ponen el énfasis sobre las desigualdades sociales, la concentración de la propiedad agraria, los procesos de colonización permanente, los otros que apuntan a las interac-

ciones políticas entre el régimen y los protagonistas armados, y entre los mismos actores armados. Mientras tanto se ofrece una buena "mise au point" sobre la validez y las limitaciones de los enfoques que privilegian el componente económico del conflicto, como el de Collier—reforzado por el papel de la economía

de la droga—, y los que privilegian el aspecto sociopolítico. La tesis de los autores es que no se pueden desvincular los datos "objetivos" de los elementos que derivan de las estrategias de los protagonistas, como tampoco el aspecto económico del político. A pesar de la mezcla de las dimensiones del conflicto, la propia política sigue siendo fundamental.

La segunda parte versa sobre la "geografía" del conflicto. No faltan las referencias a los trabajos anteriores al respecto, empezando por los de Camilo Echandía y el de Fernando Cubides, Ana Cecilia Olaya y Carlos Miguel Ortiz. El libro reseñado, que se basa en la distribución de los fenómenos de violencia por municipios, ofrece a su turno una visión precisa de la manera como el conflicto afecta a varios territorios del país. En comparación con las obras mencionadas, este libro presenta dos especificidades.



* González G., Fernán, Bolívar, Ingrid Johanna y Vásquez, Teófilo, *Violencia política en Colombia*, Bogotá, Cinep, 2003.

** Director de la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París.

Por un lado, considera por separado los datos referidos a las "acciones bélicas" propiamente dichas y los referidos a las violaciones del DIH. Como todos los conflictos internos contemporáneos, el colombiano se libra ante todo sobre la población civil interpuesta, como lo comprueba el número de desplazamientos forzosos, de masacres, de amenazas contra los supuestos simpatizantes del otro lado, lo que hace de las violaciones al DIH un indicador a menudo más acertado que el de las víctimas de los combates. Es indudable que la distinción entre los dos indicadores permite una visión más compleja. Sin embargo, no deja de ser problemática, no solamente por la imprecisión de los datos sobre las violaciones al DIH, sino porque los dos fenómenos están muy entremezclados. Las violaciones al DIH hacen parte de las tácticas bélicas, y éstas pueden llegar a ser muy ofensivas sin que el número de acciones bélicas aumenten. Los gráficos de las páginas 100 y 104 hacen aparecer así una disminución de las acciones bélicas en 1997-98, inclusive de las Farc, precisamente en el momento en que esta organización lanza las acciones de guerra más ambiciosas de su historia. El hecho de que entre 1995 y 1997 vayan en aumento las violaciones del DIH demuestra que los dos aspectos son más bien complementarios.

Por otro lado, en el plano regional, el libro trae, más allá de datos cuantitativos referidos a la presencia de los grupos ilegales, una información muy detallada sobre sus estrategias locales. Las páginas dedicadas a los casos de Urabá y del Putumayo son ejemplares desde este punto de vista. Si bien otras situaciones locales no dan lugar a análisis de tanta profundidad, están tratadas también con mucho cuidado. Basta citar los desarrollos sobre la región del Magdalena Medio que ofrecen un panorama muy completo de la manera como los paramilitares consiguieron quitarles a las guerrillas en amplia medida el control que tenían. Es una "geografía de la guerra" si se quiere, pero una geografía evolutiva y multidimensional. Toma en cuenta las dinámicas previas de ocupación del espacio así como la manera en que éstas se van redefiniendo

en función de la guerra misma. Aunque hacen falta estudios sistemáticos sobre los desplazamientos de la anterior Violencia, no hay todavía sino estudios fragmentarios de los desplazamientos de ahora. Sin embargo, el libro de González, Bolívar y Vásquez ayuda a dibujar el contexto y la formas que han tomado, en la última fase, tanto las migraciones hacia zonas hasta ahora poco pobladas como las migraciones forzadas hacia las cabeceras municipales o las grandes metrópolis.

El texto da descripciones detalladas y matizadas de los vínculos entre los colonos y los actores ilegales. Subraya en particular que a menudo las redes de poder que estos construyen se parecen a las anteriores redes partidistas, cumpliendo el mismo papel de conformación de órdenes locales y de mediación con los poderes institucionales. Sin embargo, los autores se guardan de afirmaciones tajantes al respecto, poniendo de relieve los cambios que afectan con frecuencia estos vínculos o las posibles transferencias de una lealtad a otra.

El libro pone al mismo tiempo, de relieve los determinantes meramente estratégicos que afectan la geografía de los actores armados. Durante años estos determinantes no alcanzaron la misma importancia. Los autores destacan que hasta la década de los 80, las guerrillas todavía tenían sus mayores bases en las zonas de colonización en las cuales tejían relaciones fuertes con los pobladores, mientras los grupos paramilitares surgían en las zonas de agricultura capitalista. De manera opuesta, en la fase reciente las guerrillas se extendieron hacia zonas siempre más centrales del país, mientras los paramilitares lo hicieron hacia las zonas periféricas. Las estrategias de los dos bandos apuntaron al control de los polos de producción de riqueza, entre las cuales las de cultivos de coca, y los corredores entre tales polos y las rutas de exportación e importación. Estos grupos actuaron, simultáneamente, siempre más en función de sus diseños militares sin importarles las simpatías de los habitantes. La degradación del conflicto y la generalización de los golpes contra la población civil no son sino la manifestación del hecho de que han prevalecido los

cálculos estratégicos sobre la conquista o la preservación de apoyos sociales.

Así las cosas, después de subrayar la asimetría cronológica entre la fase de ampliación de la influencia de las guerrillas y de los paramilitares, así como la asimetría de sus bases de sustento, los autores ponen el énfasis sobre la creciente simetría que rige sus métodos de acción. Puede ser que los unos hayan acudido durante un tiempo más a las masacres o a los desplazamientos forzados que los otros, pero las tácticas para atemorizar se han ido aproximando siempre más.

El lector se pregunta si la disyunción entre la visión clásica en términos de "bases sociales de apoyo" y el análisis en términos de estrategias militares no le quita sentido a la noción de "acción colectiva violenta" por medio de la cual, en varios momentos de la obra, los autores intentan vincular directamente los fenómenos de movilización colectiva y el uso de la violencia. Me parece que tal concepto unificador corre el riesgo de volver a describir la acción armada como una mera expresión de fenómenos de movilización social, a pesar de que los hechos — bien puestos en evidencia por los autores —, muestran que en la mayor parte de las veces se da una ruptura entre los dos planos, y que las movilizaciones más bien se han descompuesto a medida que se imponían las estrategias militares de los protagonistas armados. La obra destaca a menudo que la población debe buscar, ante todo, que se instauren órdenes locales estables dentro de una lógica hobbesiana según la cual, para preservar su vida los individuos renuncian a su libertad; lo opuesto precisamente de la "acción colectiva violenta" o aun no violenta.

Otro aspecto central de este trabajo es la manera como relaciona el conflicto armado con los rasgos particulares de conformación del Estado y de la nación en Colombia. En un importante escrito anterior Fernán González hablaba de un "país en construcción". Lo que esta noción implicaba era un proceso tan lento y aun inacabado de unificación nacional, desde el punto de vista tanto físico como simbólico, que había dejado el campo abierto a la

fragmentación del poder y, por lo tanto, a una violencia social y política recurrente. Lo novedoso de González era la hipótesis complementaria, influenciada por el enfoque de Norbert Elias y de Charles Tilly sobre las estructuración de los Estados europeos, según la cual los fenómenos de violencia contribuían al mismo tiempo a la progresiva afirmación del Estado central. Los autores retoman este raciocinio en la obra reseñada. El resumen que figura en la contracarátula lo dice en forma contundente: "el sentido del libro es mostrar como los conflictos del país han ido tejiendo, a lo largo de su historia, una compleja trama que va articulando gradualmente poblaciones y territorios en un juego muy conflictivo de interrelaciones, que van desembocando paulatinamente en un complicado proceso de construcción del Estado". La tesis tiene, sin duda alguna, algo de convincente. Con referencia al momento presente, es posible que la "política de seguridad democrática" o que la lucha contra el narcotráfico conlleven un fortalecimiento del Estado central. Sin embargo, no deja de tener al mismo tiempo un lado un poco funcionalista o teleológico. Parece difícil pensar que fenómenos tan tremendos de enfrentamientos armados hubieran sido el camino necesario hacia la consolidación de la unidad del país.

Tal vez la riqueza de la obra consista más en la importancia que confiere a cada rato a las "mediaciones" políticas y sociales. Ello está en consonancia con los escritos de María Teresa Uribe, citados de manera detenida en una sección de la obra. La conformación de la nación se ha realizado dejando siempre un amplio papel a los mediadores de toda índole y el poder de estos mediadores ha ido a la par con el mantenimiento del control sobre sectores de la población. Los autores retoman con frecuencia la noción de "territorialidades bélicas" de María Teresa Uribe, lo que les ayuda a destacar la continuidad entre las redes partidistas de antes, con su componente de uso de la violencia, y las redes armadas de ahora, con su componente de coacción política. No existe una obra que deje percibir mejor el entrelazamiento de todos los estilos de mediaciones o de redes.

Esto conduce a una última anotación. Aunque no parece demostrado que la violencia y la fragmentación del poder constituyan un camino asegurado hacia un Estado tipo europeo del siglo XIX, bien puede ser que sea el camino hacia un tipo de Estado más afín con las funciones de ellos en la era de la globalización. Como bien se sabe se ha dado una profunda redefinición de las características de los Estados contemporáneos. Algunos consiguen preservar su función reguladora pero dejando al mismo tiempo que surja un mundo complejo de redes basadas sobre múltiples mecanismos. En otros casos se produce un desvertebramiento de las instituciones y de la sociedad. En la actualidad, ésta es la impresión que da a veces Colombia, siendo que su inserción en la globalización se ha dado en parte por medio del narcotráfico. Pero no es del todo imposible que, una vez superado el conflicto armado, Colombia descubra que se ha dotado –sin saberlo– de instituciones y redes sociales conformes a lo que exige la mundialización. La explicación de los fenómenos de violencia no remitiría al retraso con el cual se habría constituido un Estado moderno, sino al hecho de que se habría dado un salto directo y difícil desde un Estado premoderno hacia uno postmoderno. La tesis de los autores sobre la construcción del Estado estaría, entonces, plenamente convalidada. De todas maneras, lo repito, estamos frente a una obra tan rica, teórica y empíricamente hablando, que va a constituir para todos los estudios de Colombia una referencia obligada.